La crisis económica actual

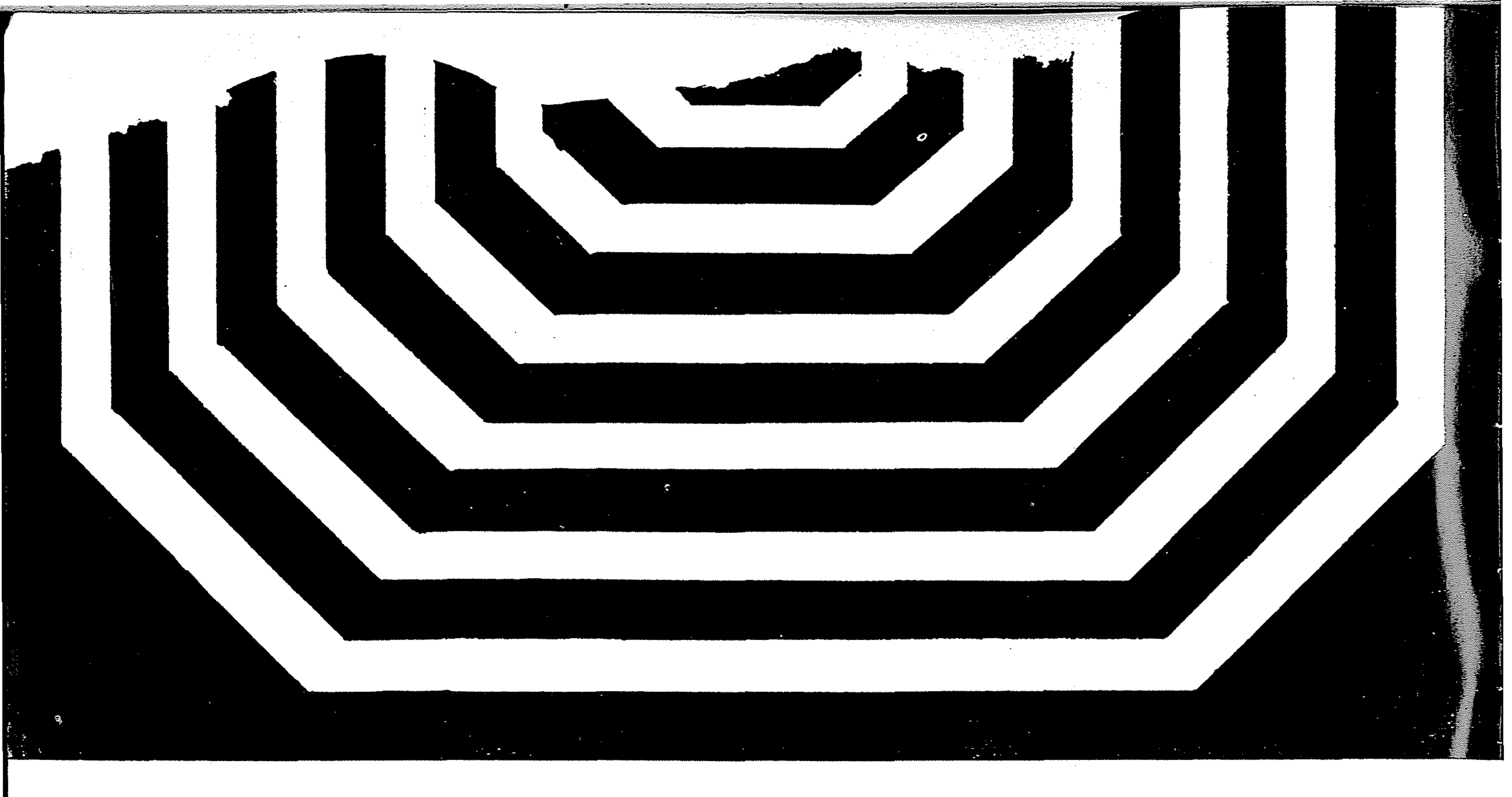
Luis A. Faroppa

ENCICLOPEDIA



55

URUGUAYA



La crisis económica actual

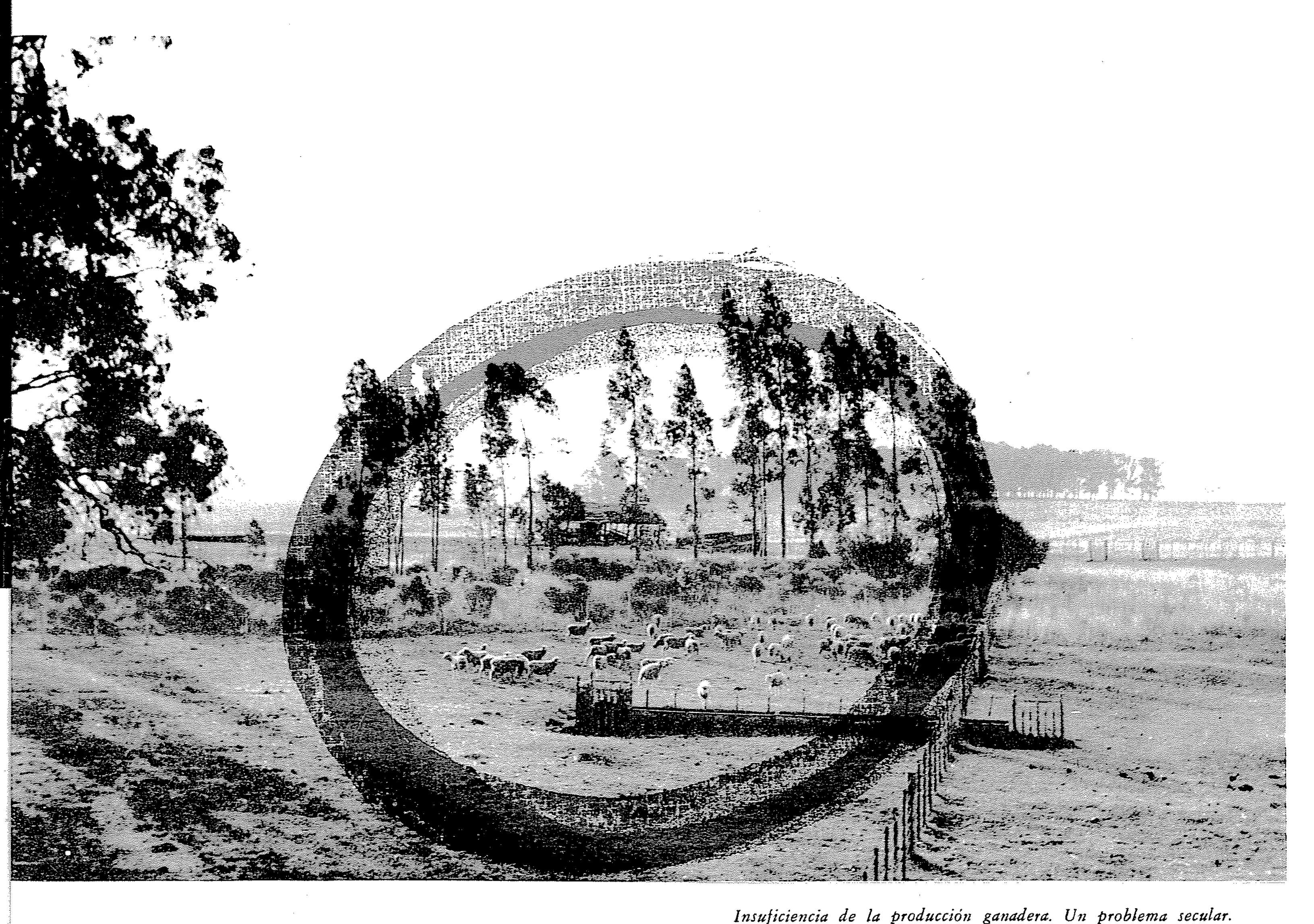
Luis A. Faroppa

La insuficiente producción lanera

Nuestro país, desde hace décadas, tiene radicado su problema económico fundamental en la insuficiencia de la producción ganadera. No quisimos romper las trabas que originaban dicha insuficiencia y que impedían nuestro crecimiento (concentración de la propiedad rural, mal uso del suelo, inadecuada tenencia, inconveniente legislación sobre arrendamientos, falta de acceso general e igualitario al crédito y a las innovaciones técnicas, régimen de comercialización e intermediación regresivos, etc.); cuando tal situación se hizo insostenible, preferimos esperarlo todo del crecimiento industrial. Con ello no generamos el mejoramiento de la población campesina (aproximadamente 450.000 personas) ni creamos nuevas posibilidades de compras para la industria nacional; no iniciamos oportunamente la transformación de las estructuras agrarias anticuadas que caracterizan a nuestro país y hemos perdido definitivamente los beneficios que, durante décadas, pudimos lograr en los intercambios crecientes entre el agro y la industria (por la provisión respectiva de materias primas y alimentos a cambio de artículos manufacturados y servicios), que debió darse en una forma sostenida y progresivamente creciente. Y así dejamos pasar las diversas oportunidades que tuvimos para proceder a la reestructuración agraria, crear mayores posibilidades de trabajo para la población campesina, elevar su nivel de vida e intensificar la producción nacional, tanto en los sectores rurales como urbanos.

Durante los años treinta, Uruguay sufrió los efectos de la crisis mundial en el sector agrario. Primero disminuyó sus consecuencias con un crecimiento industrial y agrícola internos; luego mejoró aquella situación con la ocurrencia de la Segunda Guerra Mundial y de la subsiguiente guerra fría.

A mediados de los 50, la crisis nacional se agravó. El crecimiento industrial dinamizó a la agricultura (al necesitar mayores cantidades de lino, maní, girasol, azúcar, ceba-



Insuficiencia de la producción ganadera. Un problema secular.

da, trigo, etc., se extendieron los cultivos) pero no pudo dinamizar a la producción ganadera, justamente la producción para la cual es naturalmente más apto el país. Desde el trienio 1935/37 al trienio 1959/61 la producción ganadera por habitante creció a 0.02 anual;[1] puede afirmarse que el crecimiento por habitante fue, prácticamente, inexistente; la producción ganadera "creció", durante un cuarto de siglo, al mismo ritmo que creció la población; el dinamismo de la industria, que movilizó a toda la actividad interna e, incluso, a la agricultura, no pudo influir en el crecimiento ganadero.

Sin embargo en la década de los 50 habían desaparecido los efectos provocados por el conflicto mundial, se sustituía la estrategia de la guerra fría y finalizaban las posibilidades dinamizadoras de la industria nacional en la agricultura autóctona: la crisis agraria hasta entonces latente, por el escaso crecimiento ganadero, se declaró abiertamente y se agregó a la crisis manifiesta del sector industrial y del sector de la agricultura conectado con aquél. La crisis ganadera repercutió en las compras de la industria manufacturera y las de éstas, al disminuir el volumen de empleo y de salarios, trajeron consigo la disminución del consumo de la población y, consiguientemente, la caída de las compras en la ganadería y en la agricultura. La disminución de las actividades de ambos —a la que agregó la caída de la industria de la construcción— arrastró a la baja a las actividades del transporte, del comercio y de los servicios en general.

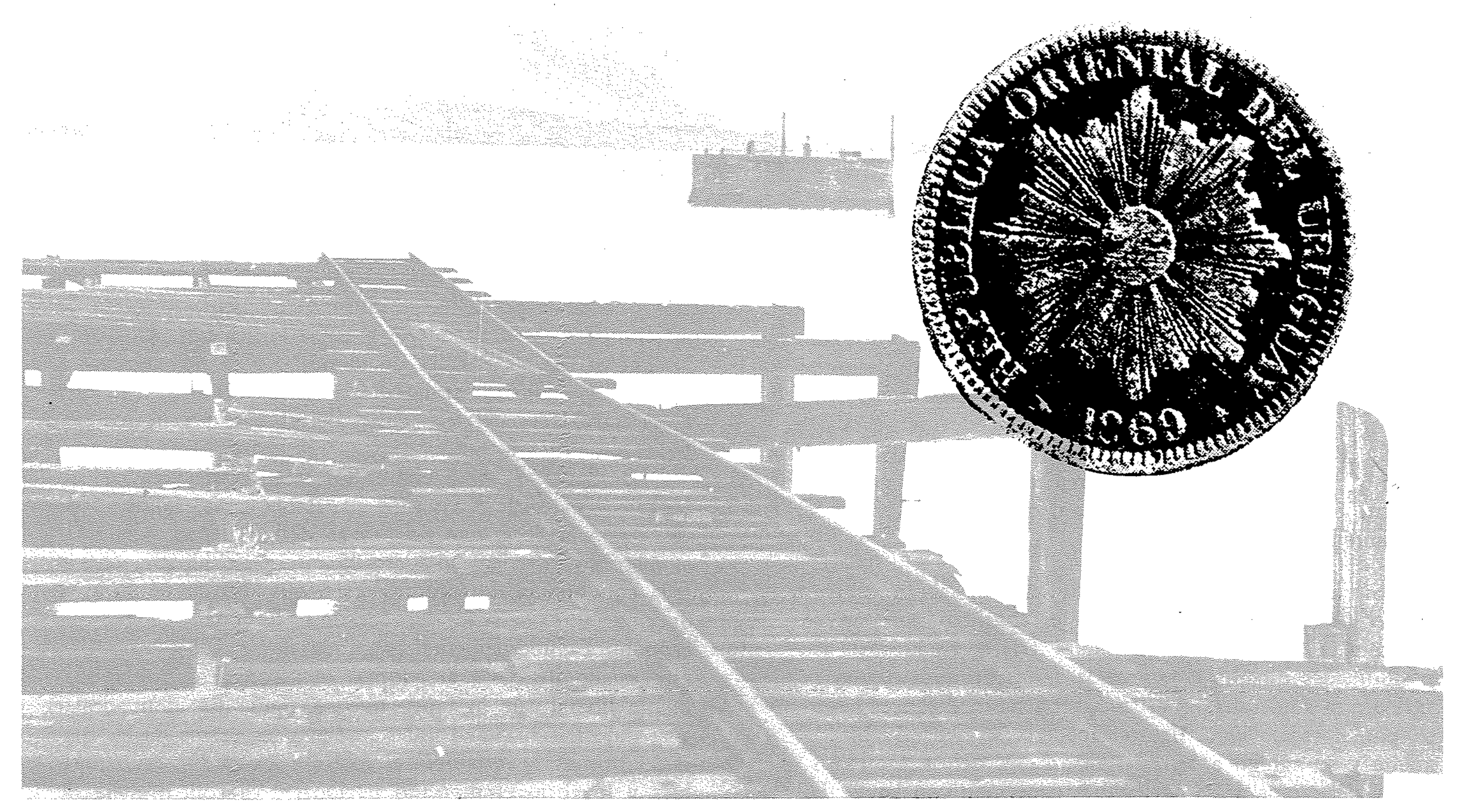
Desde 1957 —sin contar los efectos relacionados con las causas externas— vivimos una doble crisis: la vinculada con una ganadería que no provee de suficientes productos al mercado interno y al mercado internacional, y la conectada con una manufactura interna que disminuyó su producción ante la baja del consumo nacional. La política económica gubernamental, segunda desde 1959, consolidó este estado de cosas al adoptar una conducta pretendidamente liberal que lo único que consiguió fue desmantelar a la industria nacional pues le elevó los costos de las materias primas, le restringió el acceso a los créditos aún posibles y le abrió el mercado nacional a la concurrencia de la industria extranjera.

La depreciación de la moneda nacional

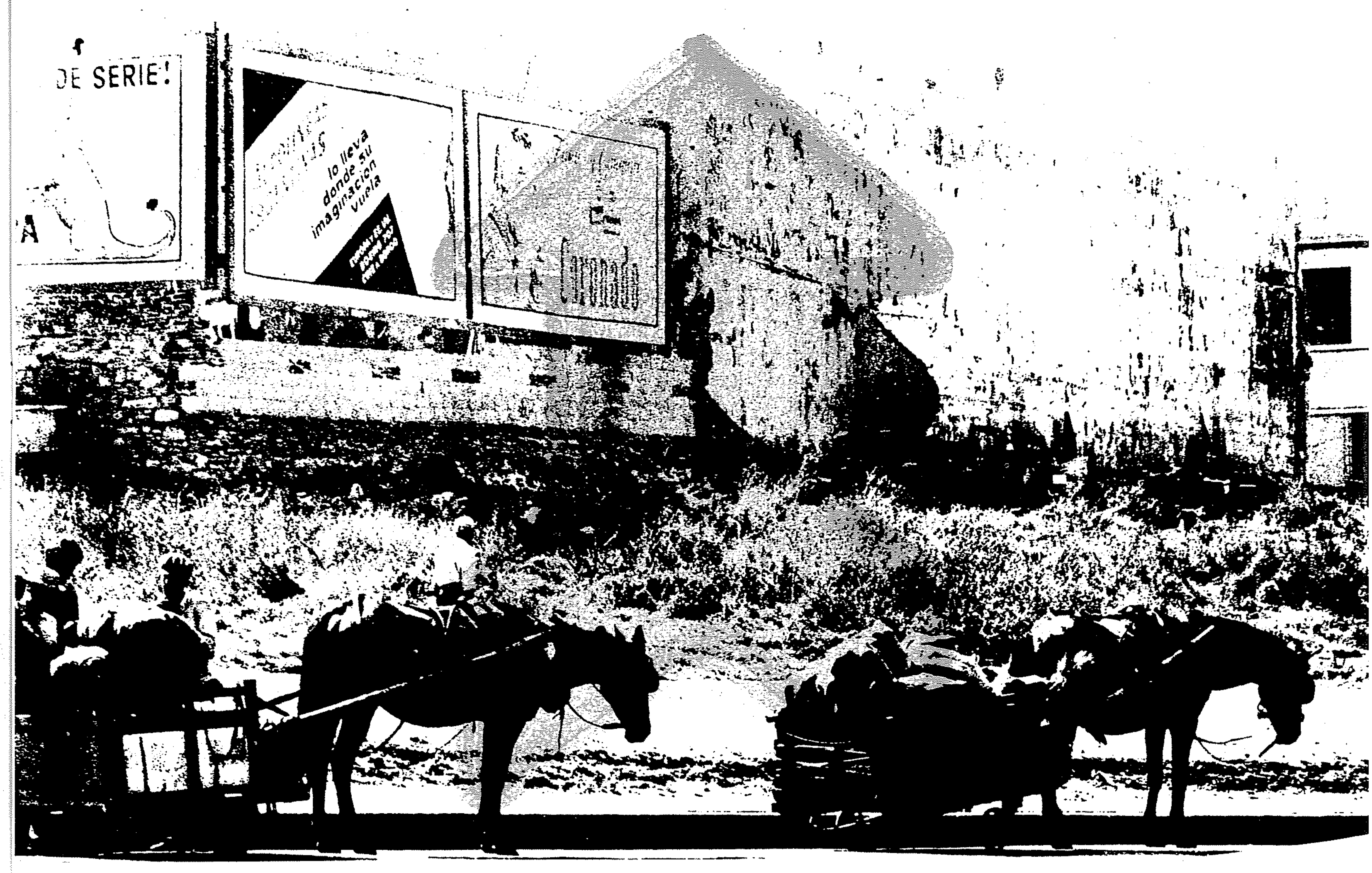
En la última década, especialmente, la escasa producción ganadera determinó la imposibilidad de volver a los niveles de exportación anteriores (por ejemplo de los años 1949/51); el crecimiento de la población (y de su consumo de carne) disminuyó, aún más, la posibilidad de volver a aquella exportación; las ventas al exterior —con excepción del año 1964 — se estancaron y disminuyeron las entradas de dólares y otras monedas producto de nuestras ventas.

Mientras tanto la población, aunque lentamente, continuó creciendo. Ese ascenso determinó mayores necesidades de alimentos, bebidas, vestidos, calzados, viviendas y distintos artículos para el hogar. En conjunto, debimos elevar la producción del campo, de la manufactura y de la construcción, y ella debió impulsar el transporte carretero, férreo, fluvial o marítimo. Para satisfacer aquellas producciones y aquellos servicios, debieron crecer las importaciones de combustibles, de materias primas, de máquinas, de camiones, de tractores, de material eléctrico y rodante, y así sucesivamente. El total de las actividades exigió disponer de una masa de dólares y otras monedas extranjeras mayor que las necesitadas anteriormente.

La mayor población exigió el crecimiento de la producción para satisfacer sus necesidades; esta producción creciente requirió más importaciones para poderlas llevar a cabo. Sin embargo, justamente cuando se necesitaron mayores disponibilidades para poder incrementar nuestras compras al exterior, nos encontramos con que nuestra capacidad para generarlas se había estancado o había disminuido. El desequilibrio se manifestó: un país de las características del nuestro, para crecer, necesita que sus exportaciones aumenten a un ritmo mayor que sus importaciones: es la única forma sana de satisfacer los mayores requerimientos de importaciones de una población que crece y quiere disfrutar de un bienestar ascendente. En cambio, las necesidades de importación ascendieron y las posibilidades de exportación se enlentecieron o retrocedieron; como las primeras determinan la mayor parte de las demandas de dólares y otras monedas, y como las segundas proveen el mayor volumen de la moneda extranjera requerida, se planteó un desequilibrio entre la demanda y la oferta de dólares y demás monedas extranjeras. La demanda, situada por encima de la oferta, determinó que quienes tuviesen necesidad de importar estuvieran dispuestos a elevar su precio; los exportadores, poseedores del mayor volumen de moneda extranjera que se podía proveer, al conocer las necesidades de la demanda, fueron renuentes a desprenderse de las disponibilidades sin que se les mejoraran los precios. Ambas situaciones —presión de la demanda, renuencia de la oferta— determinaron que el precio de la moneda extranjera subiese. El precio del dólar pasó, por ejemplo, por sucesivos aumentos, desde $ 4.11 a $ 250.00.



Depreciación de la moneda: apenas un síntoma del deterioro de la producción nacional.



La población marginalizada rastrilla todas las posibilidades de subsistencia.

La elevación de los presupuestos familiares

La repercusión de estos aumentos sobre el proceso social fue tremendo. Al pasar el precio del dólar y de las demás monedas extranjeras de $ 4.11 a $ 250.00:

1º) Los exportadores de trigo, de carne, de lana y de cuero, por ejemplo, aumentaron sus entradas en pesos. Inicialmente, por un dólar exportado, recibían $ 4.11; luego recibieron 11, 16, 25, 100, 200 ó 250.

2º) Los importadores de materias primas, repuestos, combustibles, materiales de construcción, y demás bienes compradores en el exterior, aumentaron sus egresos en pesos. Antes, por un dólar para importar, pagaban $ 4.11; luego pasaron a pagar, por subas sucesivas, desde 11 hasta 250.

3º) El consumidor pagó más por sus artículos alimenticios (pan, carne, bebida, etc.), por su vestimenta, por su calzado y por todo artículo que tuviese componentes importados. Pagar más pesos por el trigo, la carne, la lana o el cuero exportados, significó pagar más pesos por los mismos bienes dentro del país (para que el exportador de trigo vendiese su producto al molinero nacional debió recibir, por lo menos, lo mismo que si exportase; de lo contrario no tenía incentivo para vender dentro del país); ello determinó la suba del pan, de la carne, del vestido de lana y del calzado de cuero; a su vez, como no existe en el país ningún artículo que se produzca sin algún componente importado (materias primas, combustible, material de construcción, máquina, etc.), ante la suba de los precios de los bienes importados, se produjo un nuevo impacto alcista en los precios de los bienes consumidos.

En definitiva, el consumidor nacional debió soportar subas de precios importantes en la totalidad de los bienes de consumo, imprescindibles o suntuarios, de producción urbana o rural, nacionales o extranjeros.



Como el hornero, el uruguayo desplazado de la ciudad, encarama sus ranchos en los cantegriles.

El ascenso de las retribuciones familiares

El proceso social se resintió ante el impacto provocado por las subas sucesivas del precio del dólar y de las demás monedas; todos los pobladores se enfrentaron a mayores gastos para mantener sus niveles de vida anteriores, los presupuestos familiares se elevaron y las familias reaccionaron adoptando distintas conductas para enfrentar esta situación.

En general, las reacciones de los jefes de familia y demás trabajadores, ante el crecimiento del costo de la vida, fueron infinitas. Sin embargo, a efectos de este trabajo, tentaré la siguiente clasificación que, seguramente, constituye un esbozo muy simple y grueso de todas las situaciones ocurridas:

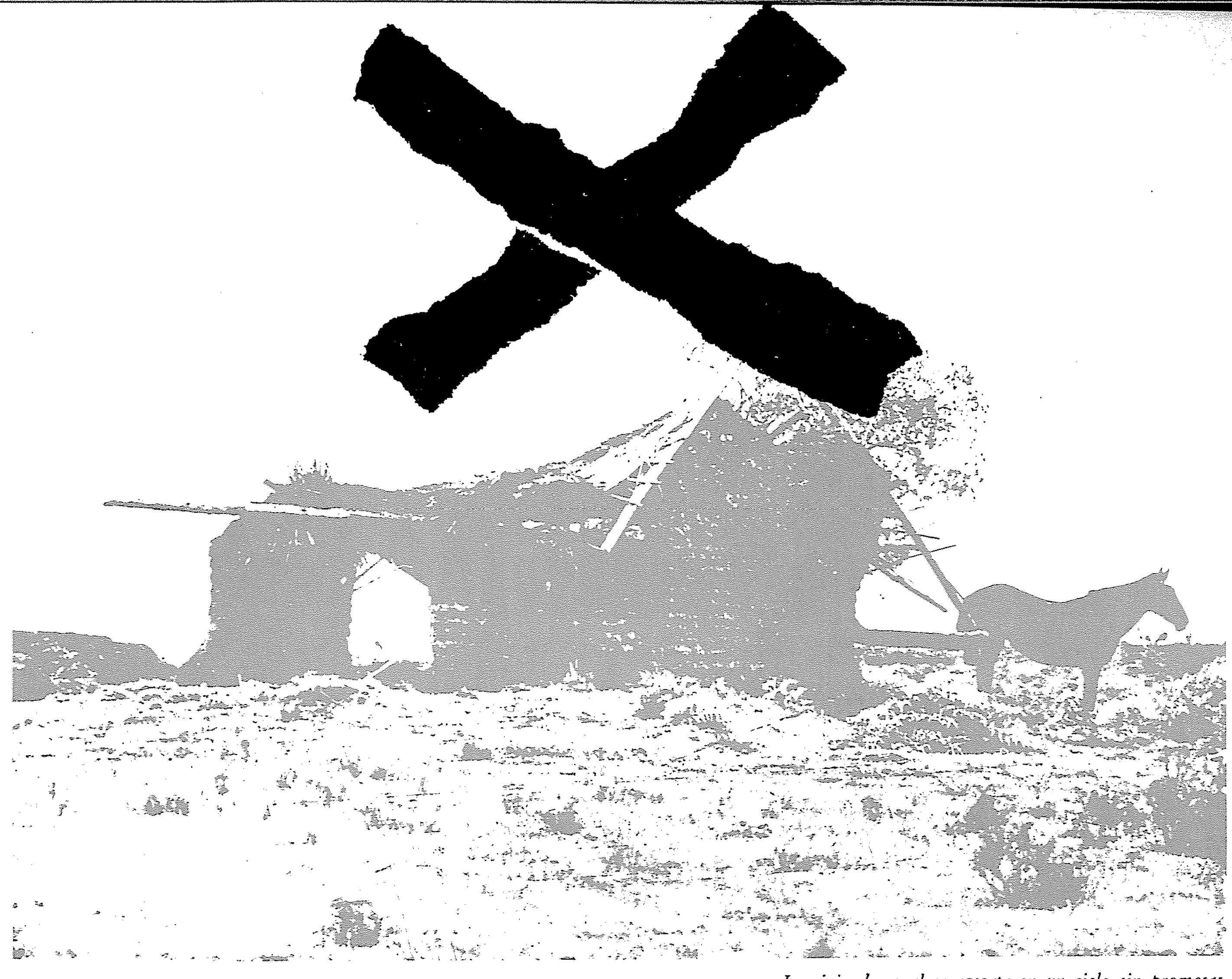
1º) inicialmente, tentaron mantener inalterable el número de horas de trabajo y compensar el crecimiento del presupuesto familiar mediante una suba, por lo menos suficiente, del jornal, sueldo u otra retribución;

2º) Cuando no lograron la solución anterior, o la lograron parcialmente, aumentaron el número de horas de trabajo. De esta manera, trabajando más horas, en el mismo empleo o en distintos empleos, o con una combinación de ambas con alguna elevación en la retribución de la ocupación básica, se alcanzaron los ingresos necesarios para mantener el estándar de vida anterior;

3º) Cuando no se lograron las soluciones anteriores, o se lograron deficientemente, se resolvió el desequilibrio —entre los ingresos insuficientes y las exigencias de los presupuestos familiares— disminuyendo el consumo. Así, en orden creciente, se eliminaron o disminuyeron necesidades superfluas, asistencia médica, instrucción, cursos de capacitación especiales y se rebajaron las exigencias en lo relativo a calidad de vivienda y de vestimenta;

4º) Cuando la situación se tornó de difícil solución, dadas ciertas circunstancias, se produjo la emigración de los trabajadores;

5º) Las situaciones anteriores, clasificadas en orden creciente de sacrificio, —medido éste por un empeoramiento respecto del bienestar inicial— correspondió a trabajadores que, no solamente no perdieron sus empleos sino que, incluso, hallaron otros adicionales. Pero hubo una desocupación creciente, que acompañó a los períodos de subas ininterrumpidas de los presupuestos familiares, que complicó grandemente el panorama expuesto. La competencia por acceder a las escasas horas y retribuciones disponibles —en-



La vivienda rural se recorta en un cielo sin promesas.

tre el número relativamente decreciente de quienes conservaron sus empleos y el número relativamente creciente de los desocupados— determinó la imposibilidad de que se mantuviese el nivel medio de vida inicial de la población trabajadora;

6º A todo este conjunto de posibles conductas se agregaron las determinadas por las organizaciones sindicales; éstas influyeron las anteriores y generaron y definieron nuevos comportamientos. Estos comportamientos, a su vez, se multiplicaron porque las organizaciones sindicales no abarcan la totalidad de actividades (existen amplios sectores con escasa o nula organización; por ejemplo en la actividad rural) ni son uniformes (son muy distintas las modalidades y las intensidades de las actuaciones de las organizaciones sindicales públicas y privadas y aún dentro de las actividades propias de cada esfera).

La potencia de contratación o de regateo de los distintos sindicatos y organizaciones sindicales no fue igual, ni estuvo concentrada para alcanzar mayor poderío en los enfrentamientos con los empresarios privados y públicos.

¿Cuál fue el resultado final de todos estos posibles comportamientos? ¿Mantuvieron los niveles de vida existentes con anterioridad a las sucesivas elevaciones de precios reseñadas? En mi opinión, no; ni la actuación de los trabajadores individualmente, ni la actuación de los mismos ayudados por la organización sindical, pudo mantener los niveles de vida y de consumo existentes, por ejemplo, en la época en que el dólar se cotizaba a $ 4,11 por unidad. Si bien es innegable que la actuación sindical redujo grandemente el grado de dependencia del trabajador frente al sector empresarial público o privado), también es innegable que su poderío no fue suficiente para poder compensar la pérdida promedial de estándar de vida en el conjunto de los trabajadores.

Resumiendo: la elevación de los presupuestos familiares determinó —en un conjunto de distintos comportamientos individuales— que el trabajador presionase, en forma progresivamente creciente, a las autoridades sindicales y organizaciones suprasindicales para que defendiesen los niveles de ingresos. El trabajador se aglutinó, la agremiación creció, se plantearon las exigencias en los sectores agrarios e industriales, de la construcción y de los servicios, ciudadanos y campesinos, públicos y privados, y se obtuvieron acuerdos en materia de subas de retribuciones. Aunque nunca compensaron, promedialmente y para la totalidad de la población trabajadora, el crecimiento de los presupuestos familiares, las retribuciones se reajustaron periódicamente al ascenso; respecto de las elevaciones de los precios de los artículos de primera necesidad, las retribuciones siempre marcharon con retraso; pero subieron.



En 1906 una burguesía optimista inauguraba la fábrica textil en Juan Lacaze.



Desde entonces la revolución tecnológica atraviesa el planeta sin rozarnos.

La inflación de costos y precios

La falta de crecimiento de la producción ganadera impuso que nuestras exportaciones no pudiesen recuperar niveles anteriores; ello determinó la baja de las importaciones y, por lo tanto, la existencia de una demanda insatisfecha de productos extranjeros. La actuación conjunta de producción y exportaciones ganaderas, y de importaciones, en la forma descrita, implicó la suba del dólar y de las demás monedas y, por consiguiente, el ascenso de los presupuestos familiares. El proceso económico social, ya muy resentido por la actuación desordenada de las distintas variables citadas, se volvió aún más complejo por la aparición de un nuevo factor distorsionante: la elevación sucesiva y descoordinada de las retribuciones personales.

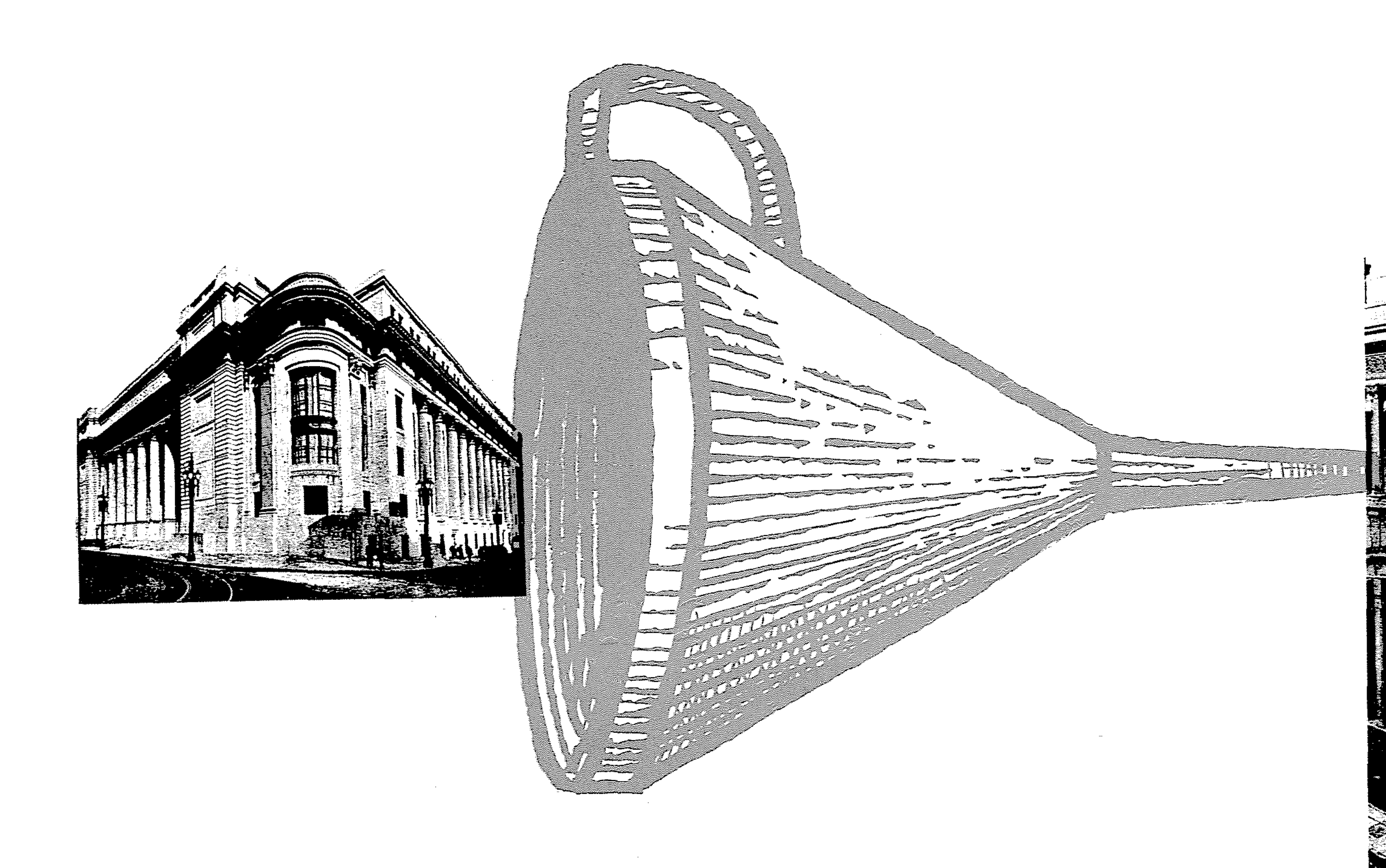
El ascenso de las retribuciones coadyuvó en la elevación de los costos de las distintas producciones y comercializaciones y posibilitó, nuevamente, que los empresarios viesen disminuidas sus ganancias. Cuando el empresario ganadero enfrentó posibles pérdidas o disminuciones de ganancias en virtud de que el ritmo de crecimiento de la producción era escaso, o inexistente, e inferior al ritmo de crecimiento de los costos de la misma), resolvió su problema logrando que se le abonaran más pesos por sus exportaciones; es decir, logró que se le elevara el precio de cada dólar o de cada moneda extranjera obtenida con sus ventas al exterior.

Cuando el empresario productor de bienes de consumo nacionales se enfrentó con la posibilidad de pérdidas o de disminución de ganancias ante la elevación de los costos de las materias primas o de los alimentos agrarios o de los productos de importación), resolvió su problema elevando los precios de venta de sus producciones y de sus comercializaciones; como consecuencia se elevaron los presupuestos familiares.

Cuando el trabajador se enfrentó con la posibilidad de que sus ingresos fuesen insuficientes para continuar disfrutando los niveles de consumo y las formas de vida a que estaba habituado (ante la elevación de los precios de los distintos bienes de producción doméstica o extranjera), resolvió su problema, parcialmente, logrando la elevación del precio de sus servicios, es decir de sus retribuciones personales.

Ahora, ante la suba de las asignaciones de los trabajadores, las soluciones que persiguieron los empresarios, para evitar disminuciones de ganancias o posibles pérdidas, fueron las mismas: elevar el precio de sus producciones o de sus comercializaciones. Así, el empresario público estatal y municipal elevó sus impuestos, el empresario público, ente autónomo o servicio descentralizado elevó sus tarifas (OSE, UTE, AFE, ANP, ANCAP, AMDET, etc.), los entes financieros públicos elevaron sus tazas de interés (Banco de la República, Banco Hipotecario) o sus primas (Banco de Seguros). Y lo mismo ocurrió con los empresarios privados: elevaron sus tarifas (gas, transporte, servicios), sus arrendamientos (propietarios de viviendas), sus intereses (banco y empresas financieras) o, simplemente sus precios (agricultores, ganaderos, industriales y comerciantes).

A esta altura, la secuencia, acumulativamente creciente, entró a reforzarse progresivamente: la escasa producción ganadera se cubrió con la suba de precio del dólar y demás monedas extranjeras; este ascenso se cubrió con la suba de los artículos de producción o de comercialización nacional: esta elevación generó crecimiento en los presupuestos familiares que se cubrieron, parcialmente, con aumentos en las retribuciones; esta alza se cubrió con subas en las tasas o impuestos, en las tarifas y en los precios. Estas sucesivas elevaciones se interfirieron, se distorsionaron, se descoordinaron, pero siempre tuvieron un mismo resultado final: aceleraron la subida de los precios de los bienes de consumo. Esta suba se hizo permanente, se generalizó y se aceleró. Cuando ello ocurrió, la inflación se desató.



La descapitalización de los patrimonios público y privado

Al estancamiento, fundamental, de la producción ganadera, se agregó el estancamiento menor, de la industria, de la agricultura y el comercio. Las relaciones mutuas descendentes exigieron actividad disminuida; éstas y el proceso inflacionario descapitalizaron aceleradamente el patrimonio estatal.

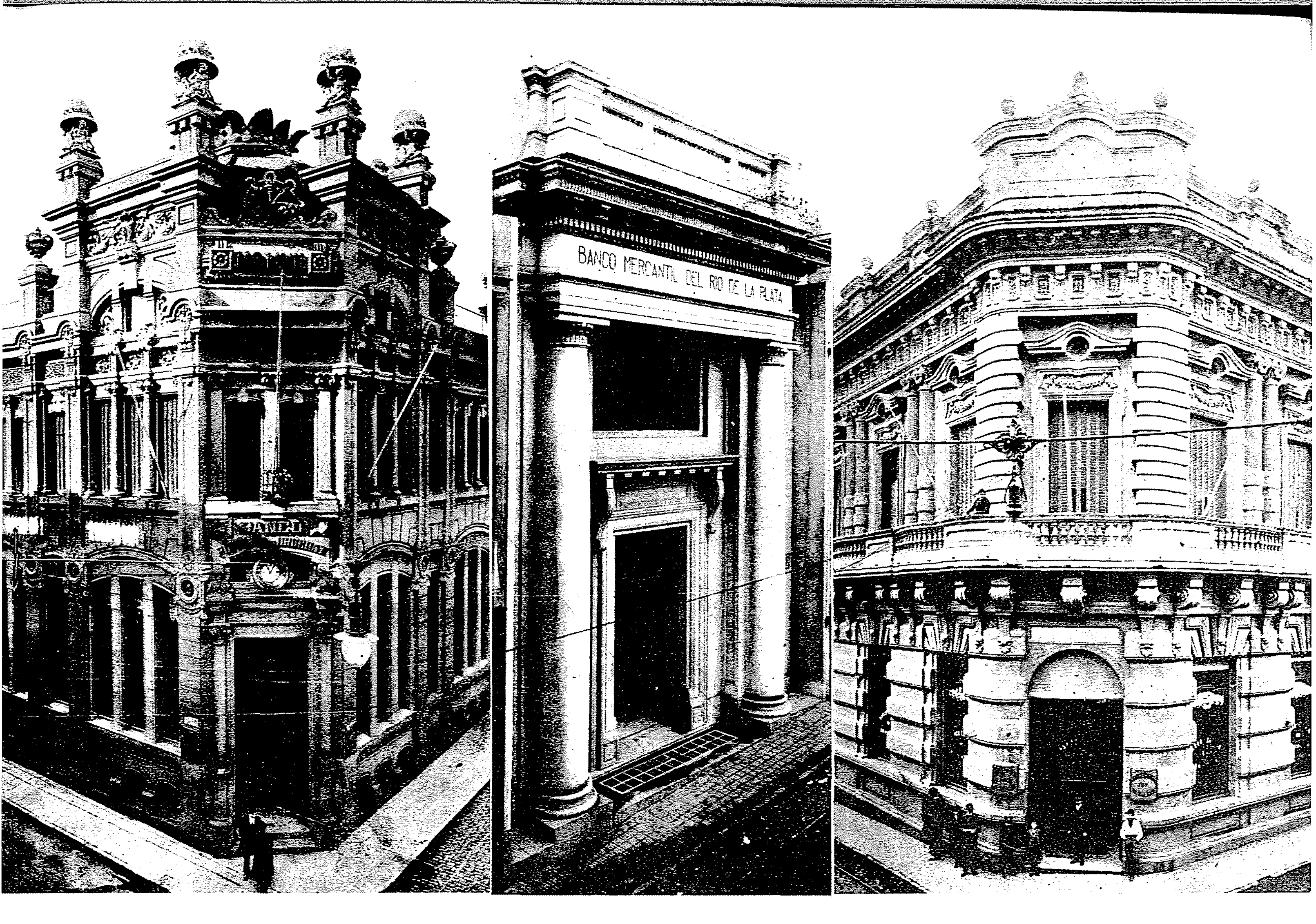
Las obras públicas se enlentecieron; muchas se postergaron, algunas quedaron a medio hacer y otras no tuvieron ya posibilidades de atención, ni siquiera para las reparaciones de imprescindible conservación.

Los transportes se deterioraron; clausuraron servicios y disminuyeron su eficiencia por falta de locomotoras, de vagones o de vías, de aviones, de buques, de máquinas o de materiales de reposición; las reparaciones de las rutas terrestres o férreas se aplazaron y el tráfico disminuyó o cesó. Los puertos vieron envejecer sus instalaciones o equipos, sin poderlos siquiera mantener para cumplir, con igual eficacia, sus cometidos en momentos que la técnica impuso cambios profundos para estar a tono con las exigencias de un transporte internacional cada vez más veloz, seguro y económico.

Los entes energéticos enfrentaron dificultades cada vez mayores para atender necesidades crecientes de una población ascendente y diseminada, con máquinas e intalaciones sobrecargadas y, muchas de ellas, en el límite de vida útil; la eficacia de los servicios se resintió y los cortes se extendieron, se reiteraron y se volvieron prolongados.

Los hospitales y las escuelas se vieron superados por el crecimiento de los usuarios y la falta de los materiales, útiles y equipos más imprescindibles: disminuyeron en forma alarmante el nivel de los servicios.

Las mismas causas que deterioraron el patrimonio público estatal —disminución de las actividades e inflación— deterioraron el patrimonio privado. Se multiplicaron las tierras sin cultivar, los equipos sin utilizar, las fábricas sin producir y las empresas sobredimensionadas. Como consecuencia, disminuyeron las posibilidades de trabajo humano, el cual entró a degradarse en la sub-ocupación o en la desocupación) o emigró.



La organización de la banca privada

La banca privada nacional, que nunca estuvo organizada para promover el desarrollo del país, enfrentó demandas crecientes de préstamos; las necesidades del agro, de la industria y del comercio se multiplicaron y se volvieron imperiosas ante el avance de la crisis; la banca privada jugó un papel progresivamente creciente —ante las necesidades financieras exigidas por dicha crisis— en los montos y tipos de crédito. El papel de la banca privada, en materia de volúmenes, orientación y manejo de créditos se hizo preponderante; los compromisos financieros no pudieron cumplirse totalmente con una actividad agraria, comercial e industrial disminuidas; los empresarios recurrieron a la banca privada en demanda de préstamos y enfrentaron una oferta insuficiente; los préstamos se encarecieron y determinaron, a su vez, una aparente situación de bonanza en la organización bancaria privada. Esta, que siempre se había orientado más a los préstamos de comercialización e intermediación que a los de producción, más a los préstamos de corto plazo que hacia los de lento reintegro, más a la financiación de las operaciones internacionales que a las de generación de producción interna, ante este giro de la situación, consolidó su orientación: las altas tasas de interés y las elevadas ganancias, le confirmaron que debía continuar en esa línea, aunque el futuro del país exigiese una conducta diametralmente opuesta. El crédito se encareció cada vez más y dejó de ser una herramienta eficaz para superar la crisis sanamente, es decir, mediante la generación y expansión de la producción y el empleo; al orientarse más a préstamos para intermediación y especulación que para promoción de nuevas actividades, más a financiar importaciones —aunque fuesen de bienes suntuarios— que a promover exportaciones, consolidó su estructura anacrónica y regresiva y pasó a trabar decididamente las posibilidades de recuperación nacional.



Las dos caras de la dependencia.

Intensificación de la dependencia

La banca privada extranjera y los organismos internacionales, por su parte, coadyuvaron en un mayor endeudamiento del país con el exterior que le impide a éste acelerar su posible recuperación (porque a la insuficiente importación, por escasez de exportaciones, se agrega el tener que destinar una parte de las disponibilidades al pago de intereses, y, también, porque ciertos préstamos se han otorgado con condiciones que restringen las posibilidades nacionales).

En una palabra: la dependencia se ha hecho mayor que nunca y se evidencia, no solamente —como antes— en las posibilidades de exportar e importar menos, sino, además, en la caída del mercado interno, de ese mercado que nos propusimos crear para disminuir aquella dependencia; y también se evidencia, en la tentativa extranjera (estimulada por diversas conductas: F.M.I., A.I.D., B.I.R.F., B.I.D., etc.) para que abandonemos aquella organización —que pretendimos implantar para disminuir la dependencia foránea— y la sustituyamos por otra, más adecuada a los designios provenientes del exterior.

Las fuerzas que actuarán en los próximos años

La problemática nacional se procesará, en los años próximos, en un mundo muy complejo en el que chocarán las problemáticas de Argentina y Brasil, de la Cuenca del Plata y de Latinoamérica, y de Estados Unidos y el sistema de grandes potencias. La problemática nacional no se procesará aisladamente sino dentro del concierto internacional.

Tomando a Uruguay como referencia, en aquel concierto juegan intereses inmediatos (los de los países limítrofes y los correspondientes de los demás integrantes de la Cuenca) y mediatos (los de las grandes potencias de América, de Europa o de Asia). La problemática nacional no sólo deberá resolverse en función de las aspiraciones de los distintos grupos sociales uruguayos sino, también, de las correspondientes de los grupos argentinos, brasileros, argentinos brasileros, estadounidenses, etc. que se manifiestan tanto a través de organizaciones privadas (grandes empresas internacionales y asociaciones como C.I.C.Y.P. o Comisión de Fletes) como de organizaciones públicas (comisiones multinacionales, C.E.P.A.L., C.E.C.L.A., O.E.A., C.I.A.P.), de organizaciones comerciales (A.L.A.L.C., G.A.T.T.) como de organizaciones financieras (F.M.I., B.I.R.F, B.I.D., C.F.I., Eximbank), de acuerdos diplomáticos (por ejemplo con Argentina y Brasil) o de acuerdos militares (por ejemplo con Estados Unidos) y así sucesivamente.

El conjunto de grupos que actuará será voluminoso, las aspiraciones y motivaciones que los impulsarán serán muy complejas (económicas, financieras, políticas, militares, diplomáticas, sociales, culturales, etc.) y los procedimientos de lucha a que, presumiblemente, recurrirán serán múltiples y variarán con las circunstancias. Exponer las perspectivas de todos y cada uno de ellos exigiría un tratamiento muy extenso. Para los fines de este trabajo creo más adecuado exponer las perspectivas de las principales fuerzas que actuarán en el futuro inmediato. Estas fuerzas estarán presentes en todos los grupos sociales a que me referí precedentemente, influirán sus motivaciones y aspiraciones, y decidirán sus procedimientos de lucha.

Uruguay, por lo tanto, al programar soluciones a su problemática, también deberá tenerlas presentes. Puede ya reconocerse la actuación, cada vez más potente, de las siguientes fuerzas que anuncian, en los años inmediatos, la realización de algunos procesos aparentemente irreversibles:

La ciencia y la técnica

1º) Una primera fuerza se fundamenta en la ciencia y la técnica. Desde el Siglo XVII, ambas no han cesado de crecer y lo han hecho a ritmo cada vez más acelerado; las sucesivas revoluciones industriales lo han evidenciado; más aún, nunca se ha avanzado tan aceleradamente como desde la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha (el total de investigadores y científicos dedicados a la creación, descubrimientos o aplicación científicas o tecnológicas supera grandemente a la totalidad de los habidos en todas las épocas anteriores). Los intereses políticos de las grandes potencias-centros y los intereses económicos-políticos de los grupos dirigentes dominantes de todas las potencias, impulsan permanentemente ese avance.

Todo ello acelera el progreso de las ciencias física, química, biológica, etc.; como consecuencia, se generan innovaciones continuadas en la minería, en la agricultura, en la ganadería, en la pesca, en la manufactura y en los servicios. Surgen ininterrumpidamente nuevas materias primas y nuevos procesos de producción o de distribución que permiten ofertar nuevos productos y alterar las formas de comercialización y los precios; los medios de comunicación se perfeccionan incesantemente y los transportes marítimos, carreteros, férreos o aéreos, avanzan inexorablemente en cuanto al transporte de mayores volúmenes, al logro de más elevadas velocidades y a la obtención de seguridades máximas en la carga transportada.

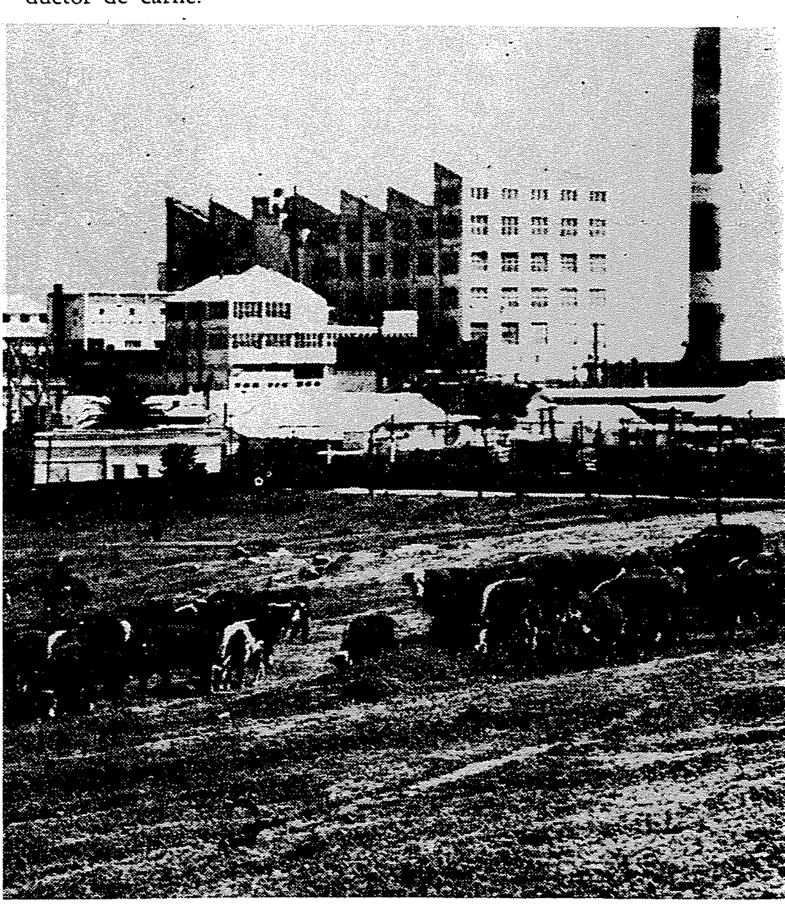
Veamos un par de ejemplos acerca de cómo podrá repercutir esta fuerza en Uruguay. En el conjunto mundial de progresos científicos y técnicos ambos ejemplos son minoritarios; sin embargo, vale la pena recordarlos pues, a pesar de su minoridad, a nuestro país le impondrán grandes cambios en su organización económica; a la vez servirán como toque de atención de lo que podrán repercutir otros progresos de mayor entidad.

El primer ejemplo se refiere a las modificaciones que se impondrán en la producción e industrialización de la carne. Los cambios que deberemos soportar están claramente expresados en el memorandum elevado por la Cámara de Exportadores de Argentina a la Secretaría de Estado de Comercio Exterior, tendiente a la transformación de la industria de la carne. Los conceptos vertidos en dicho memorandum son totalmente trasladables a nuestro país. Dicen así los párrafos que interesan:

"La industria de la carne argentina debe encarar urgentemente su transformación en profundidad, que responda a las nuevas tendencias del comercio exterior del país y que reviste un gran interés nacional. La magnitud del proceso de cambio es tal, que puede afirmarse que se está gestando una nueva etapa en la vida de esta industria, de tanta trascendencia, como la que en otros tiempos representó la incorporación de la industria conservera, o aún anteriormente, mediante el proceso de instalación de frío industrial, basado en las técnicas de Tellier. Esta verdadera revolución industrial está caracterizada por un conjunto de técnicas nuevas, tales como el congelado rápido, el desarrollo de nuevos procesos industriales, la instalación de laboratorios perfeccionados en las fábricas para atender las necesidades cada vez más complejas de los procesos y para crear los nuevos productos que se adapten a las distintas demandas que van surgiendo en los mercados mundiales, etc. Se trata, para procurar una definición, del proceso de la evolución de nuestro clásico frigorífico hacia una fábrica de productos alimenticios cada vez más elaborados.

El factor básico determinante de este gran cambio, ha sido la evolución que ha tenido lugar en la demanda de los mercados exteriores de los países más desarrollados que son, como se sabe, nuestros principales compradores. En unos casos, estos mercados han ido requiriendo cortes, vale decir aquellas partes selectas de las reses, a los efectos de ofrecerlas en los mercados específicos; en otros casos han requerido productos listos o casi listos para consumir, como es el caso de ciertos tipos de carnes cocidas; en otros, por fin, se empieza a requerir platos compuestos de carnes y otros ingredientes ya listos para consumir. Estas nuevas demandas son la consecuencia del desarrollo económico de los países compradores, que ha creado un mayor poder de compra, distintos hábitos de vida y formas de comercialización que requieren ser satisfechos de manera adecuada".[2]

Nuestro país, tan dependiente de la producción, industrialización y comercialización de carne, si no se transforma rápidamente, ante el incremento de producción de los países competidores en las nuevas condiciones requeridas por los centros consumidores, puede verse desplazado, a breve plazo, en la importancia que todavía goza como país productor de carne.



El Frigorífico Nacional que en paz descanse.

Un segundo ejemplo tiene relación con los cambios que se operarán en el transporte. Una buena demostración de los que deberemos soportar, por aplicación técnica de avances científicos, está dada por la multiplicación de los llamados containers. Para mejorar la seguridad, la velocidad y obtener disminución de los costos de los transportes, se está generalizando la construcción de barcos, cada vez mayores, que transportan los productos en continentes que permitan mayor facilidad de manipulación, de carga y descarga, y mayor defensa de los productos. Esto ha alterado las técnicas en la construcción de buques y, como consecuencia, ha incidido en la necesidad de cambiar las organizaciones de carga, descarga y distribución en los respectivos países de embarque y desembarque; lo anterior exige la transformación del equipo e instalación de los puertos, así como de sus muelles de acceso e influye en la conformación de los camiones, remolques y semirremolques. Todo ello, sin contar, desde luego, la incidencia que tendrá en el volumen de personal ocupado y en la capacitación distinta que exigirá en los nuevos trabajadores. Nuestro país, tan dependiente de su puerto para el mantenimiento de la actividad nacional, si no se transforma rápidamente, ante el incremento de los containers y las nuevas exigencias que ellos plantean, puede verse grandemente desplazado en la importancia que actualmente goza como puerto de carga y descarga. Incluso puede ser dejado de lado en las rutas comerciales que la nueva técnica de transporte marítimo exigirá.



La mayor parte duerme. Pero dos o tres han despertado.

Ante la orientación que puede adoptar esta fuerza científica y técnica, y ante los efectos que puede generar, deben estar interesadas no solamente las capas dirigentes y gubernamentales de las potencias mundiales sino, también, las correspondientes de los países dependientes, porque los cambios científicos y técnicos modificarán sustancialmente las formas de organización de la producción y ello, inevitablemente, cambiará las relaciones de poderío entre los distintos grupos sociales. Aprovechar esos cambios para lograr organizaciones sociales más democráticas es deber ineludible de las generaciones presente y próxima.

La población

2º) Una segunda fuerza la constituye la población. América Latina es el continente en que la población crece a tasa más elevada: 2,9 % anual (casi 8:000.000 de habitantes por año). Este tremendo crecimiento, plantea problemas complejísimos de alimentación, vestido, asistencia médica, educación, vivienda y creación de nuevos empleos; dichos problemas se agravan, a su vez, porque nuestro continente presenta, en sus distintas regiones, estancamientos o muy lentos crecimientos. Además, esa fuerza poblacional —ante el crecimiento tan importante de los nacimientos y la disminución de la mortalidad por actuación de la medicina preventiva— se ha ido reestructurando de manera tal que, actualmente, aproximadamente el 50 % de los latinoamericanos tienen menos de 15 años; en consecuencia, cada adulto tiene que proveer con su trabajo a las necesidades de una proporción mayor, en muchos casos creciente, de personas que están en la niñez o en la adolescencia; finalmente, a falta de una expansión adecuada de la educación, se incrementa la proporción de adolescentes que presiona sobre el mercado de trabajo y contribuye a acentuar la desocupación y la subocupación (en la actualidad, y por muchos años, casi la totalidad de las personas que ingresarán a la fuerza de trabajo, tendrán edades inferiores a los 20 años).

Esa subocupación y desocupación se canalizan en migraciones hacia las ciudades, lo cual acelera su urbanización normal, generando o intensificando otros problemas tales como la escasez de viviendas y la necesidad de servicios sanitarios, gas, agua, luz, pavimento y transporte.

El crecimiento arrollador, el predominio de la juventud y la urbanización crecientes son las características de la fuerza poblacional latinoamericana. Ese crecimiento predominante de las juventudes en las urbes tendrá consecuen-

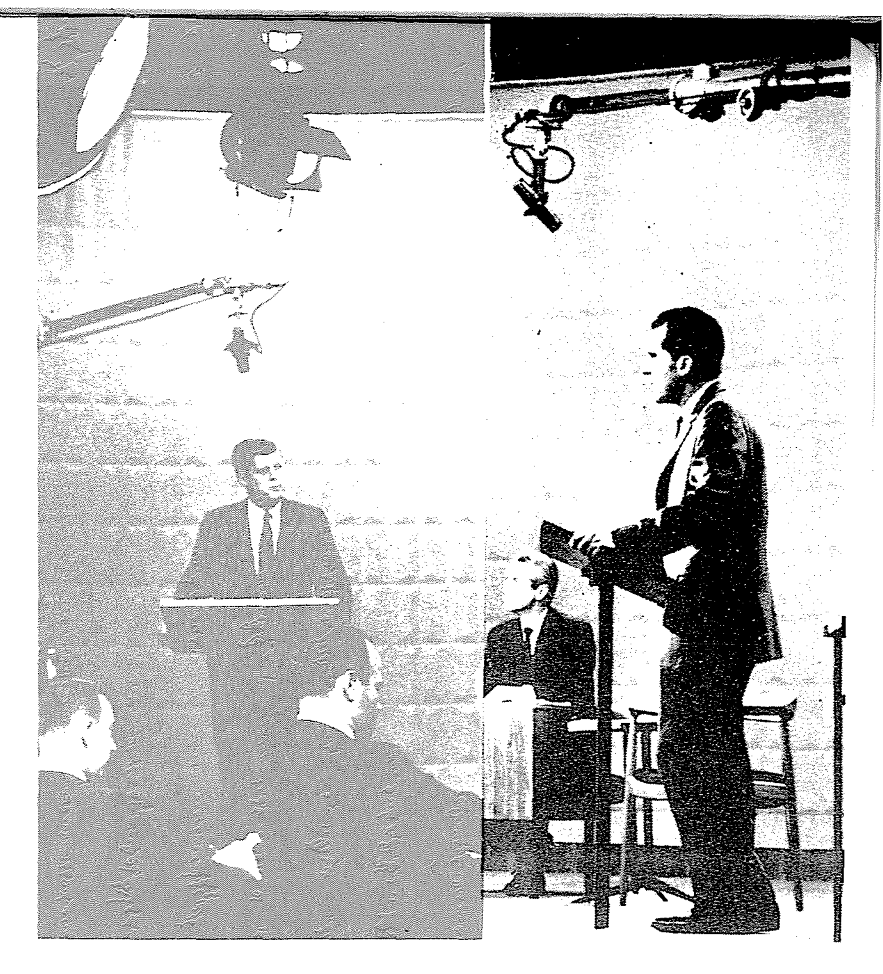
cias irreversibles pues las ciudades, con sus desenvolvimientos más amplios, con sus medios de difusión más extendidos, proporcionarán los conocimientos relativos a cómo avanza la ciencia y la técnica y a cómo resuelven, en otros ambientes, las distintas problemáticas sociales; al trasmitir y visualizar cómo viven, se educan, trabajan y acceden a niveles más elevados de bienestar en los centros más adelantados, se concretará la llamada "revolución de las aspiraciones" y ello repercutirá en los campos político y económico. En el primero, porque las ciudades son cada vez más decisivas en las elecciones de autoridades y, en ellas, dentro de pocos años, predominarán los elementos más jóvenes; en el segundo, porque obligará a una mayor expansión de la industria (ya que ésta es la única que puede proveer mayores posibilidades de trabajo para absorber la subocupación y desocupación crecientes, y porque, además se desenvuelve fundamentalmente en las urbes) y, como consecuencia, a un crecimiento comercial.

Este crecimiento mutuo de la industria y del comercio, inicialmente, atenuará los efectos del estancamiento y/o del retroceso de la producción y de los ingresos agrarios; posteriormente coadyuvará en su impulso, capacitando a las regiones rurales para ofrecer ocupación productiva a una fuerza de trabajo que crece en volumen pero decrece en calificación; finalmente, servirá para absorber todo un conjunto de estratos marginales de población formados, en las últimas décadas, alrededor de los grandes centros de producción y consumo.

Uruguay, situado entre los dos países más grandes de Sud América, sufrirá por ese solo hecho, el impacto de las fuerzas científico-técnica y poblacional. El desarrollo tecnológico del eje La Plata - Buenos Aires - San Nicolás - Rosario, se intensificará y ejercerá importante influencia sobre el litoral de nuestro país: Fray Bentos, Nueva Palmira, Colonia y las zonas que unan los puentes internacionales en trámite, aprovecharán los efectos beneficiosos de aquel desenvolvimiento. A su vez, el progresivo desenvolvimiento brasileño, en especial el que irradia San Pablo, tendrá crecientes influencias sobre el norte y el este de nuestra República. Nuestro país deberá aprovechar sin pérdida de tiempo las posibilidades de su privilegiada situación entre ambas zonas de desarrollo.

La segunda fuerza, la poblacional, también actuará en Uruguay. El impacto del crecimiento poblacional será menor del lado argentino (por su baja tasa de crecimiento, muy similar a la de nuestro país) pero, en cambio, será muy importante del lado brasileño (porque este país representa casi la mitad de la población latina, porque su tasa de crecimiento es de las más elevadas y porque limita e influye directamente a través de una extensa frontera). Además, Brasil es uno de los ejemplos donde el rejuvenecimiento de la población es más acelerado y donde la urbanización avanza en forma muy importante.

Cabe recordar, finalmente, que si el 32 % de la población latina es urbana, un tercio de la misma se concentra en Buenos Aires, Río de Janeiro, San Pablo y México. De cuatro, tres urbes están cercanas a nuestro país; una nueva comprobación de que Uruguay sufrirá, inevitablemente, los efectos del crecimiento poblacional latinoamericano, de su rejuvenecimiento y de su progresiva urbanización.



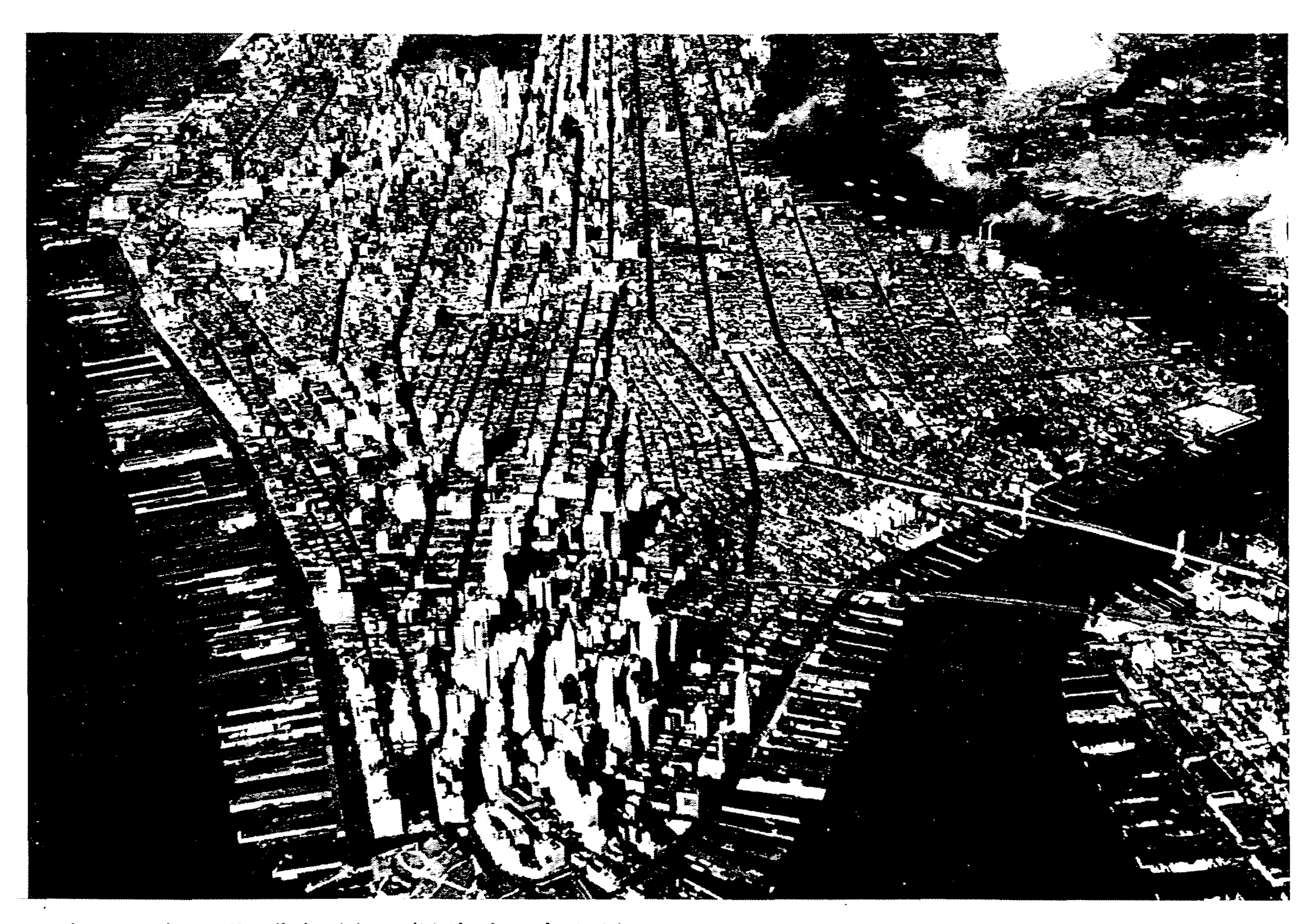
De la nada a la nada o de la Alianza a la Acción para el progreso.

La política exterior estadounidense

3°) Una tercera fuerza, de carácter político, se origina y se sustenta en la política exterior de Estados Unidos de Norte América. Dentro del complejo sistema de potencias que caracteriza al actual orden internacional, Estados Unidos tiene que resolver su problema de seguridad nacional. Este problema, unido a otros de carácter cultural, social, político y económico, determinaron que el mundo se dividiera en vastas zonas de influencia regidas, cada una, por una potencia que sirve de centro y alrededor de la cual giran diversos y numerosos países periféricos y dependientes.

Estados Unidos, como una de las grandes potencias, se transformó en el centro motor de una enorme zona, en la cual pretende imponer una determinada concepción de la vida y el mundo; lo mismo hacen, en sus respectivas zonas, Rusia o China, o pretenden hacerlo grupos de países como es el caso de Europa Occidental o del Mundo Arabe.

Dentro de la zona influida por Estados Unidos, por su inmediatez geográfica y por razones económicas y políticas, América Latina aparece muy vulnerable, pues está situada prácticamente en el epicentro de la irradiación estadounidense. Por razones de seguridad, Estados Unidos tiene que mantener en la mayor tranquilidad y quietud al continente; ello le permite volcar el máximo de sus esfuerzos



Poderoso Manhattan. Una flecha siniestra dirigida al sur de América.

en la lucha con las demás potencias por el poderío mundial. A la vez, tiene que lograr que las concepciones de otros centros no hagan camino en América y, por ende, el continente lo apoye en las distintas gestiones internacionales que emprenda. Dentro del continente americano, pues, América Latina pasó a ser una pieza clave; a merecer, por consiguiente, el máximo de las atenciones y de los cuidados: de allí la atención tan extendida de Estados Unidos en nuestra América en los aspectos económicos, financieros, políticos, sociales, diplomáticos, militares, culturales, etc. De allí, también, que cuanto interese al crecimiento y al desarrollo latinoamericano tenga que pasar por la criba de los expertos estadounidenses por sus posibles repercusiones, entre otras, en el problema de la seguridad de la potencia. Si no estuviesen actuando ya otros factores, podría afirmar que, en el futuro, el crecimiento y el desarrollo latinoamericanos serán los que quiera o admita Estados Unidos de Norte América; según las repercusiones que el crecimiento y el desarrollo tengan en el planteo de la seguridad de Estados Unidos así les irá: serán admitidos, soportados, impulsados, contrariados, obstaculizados o aplastados.

Pero esta fuerza tan potente, y por largos años aún tan vigorosa, origina y sustenta, también, fuerzas contrarias. En la última década, especialmente, se ha ido fortaleciendo un nacionalismo latinoamericano que adquiere distintas formas pero todas confluyen a un enfrentamiento cada vez mayor con el direccionismo estadounidense; desde la tímida "revolución en la libertad" chilena a la agresiva "revolución cubana", pasando por el "movimiento perunista", son todas formas de expresión de un sentimiento nacionalista latinoamericano que quiere forjarse su propio destino, que quiere abrir sus propios caminos de desarrollo social, que, en consecuencia, quiere atenuar, disminuir, restringir o desembarazarse de la dependencia impuesta desde Estados Unidos.

Uruguay, país dependiente en lo continental y en lo platense, sufrirá el impacto de estas fuerzas políticas. Como integrante de Latinoamérica, su crecimiento y su desarrollo sociales, serán los que decida Estados Unidos; como integrante de la cuenca platense, serán los que decidan Argentina y Brasil, también satélites, por ahora, de la gran potencia norteña.

Desde luego que esta situación puede variarla Uruguay pero, para ello, tiene que querer forjar su propio destino; ese "querer" lo obligará a disminuir o eliminar la dependencia; consecuentemente, le exigirá variar totalmente la actual política exterior, por su sola actitud o por acuerdo con otros países latinoamericanos.

La fuerza política contraria al determinismo estadounidense es creciente y cada vez más potente. Aunque el lado Atlántico será, presumiblemente, el último que será tomado por dicha expresión, no cabe duda que también allí llegará y, en ese momento, también Uruguay deberá optar. Deberá estar pues preparado para ello.



Una escalofriante producción latinoamericana: la mortalidad infantil

Necesidad de atender las interrelaciones de las fuerzas

El crecimiento de la importancia y de la actuación de la fuerza científica y tecnológica se verán acelerados por las necesidades, también crecientes, de la fuerza poblacional y de la fuerza política.

La población, grandemente ascendente, exigirá cada vez más alimentos, vestidos, calzados, asistencia médica y educacional, transportes, viviendas, etc., y ello sólo podrá resolverse recurriendo en forma intensificada a los conocimientos científicos y técnicos. La política de seguridad nacional de Estados Unidos también coadyuvará en el mismo sentido ya que, si no quiere verse relegado por las demás potencias en el dominio mundial, deberá continuar impulsando este recurso que tantas satisfacciones le ha dado hasta el presente.

Por otra parte, el crecimiento de la población no podrá ser evitado ni grandemente restringido por muchas décadas. La pequeñez del crecimiento y del desarrollo económicos, la morosidad con que se cumplen las remociones de los obstáculos al mejoramiento de los niveles de vida, de asistencia y de educación, y la lentitud con que se modifican los hábitos y costumbres humanos en materia sexual, actuarán de consuno para que ello ocurra. Ese crecimiento poblacional tendrá consecuencias, como vimos recién, sobre la utilización de los conocimientos científicos y técnicos y sobre el accionar de la propia política estadounidense en América Latina: la Potencia deberá decidir si quiere lograr la paz y la tranquilidad del continente siguiendo una conducta que favorezca los cambios beneficiosos para la mayoría con oposición de los grupos oligárquicos (actitud Kennedy), o una conducta que favorezca a las oligarquías dirigentes con oposición de las crecientes masas populares (actitud Johnson) u otra intermedia.

La evolución del proceso en los últimos años señala las probables características que tendrá en los próximos: una atención cada vez mayor de Estados Unidos en su evolución y la necesidad de aceptar cambios en la política general seguida en las décadas anteriores; una necesidad de irse volcando cada vez menos en favor de los grupos oligárquicos dirigentes pues, de lo contrario, los movimientos de expresión revolucionaria se multiplicarán, como viene ocurriendo desde hace algunos años. La actuación estadounidense, en materia de política internacional será, pues, creciente con relación a América Latina.

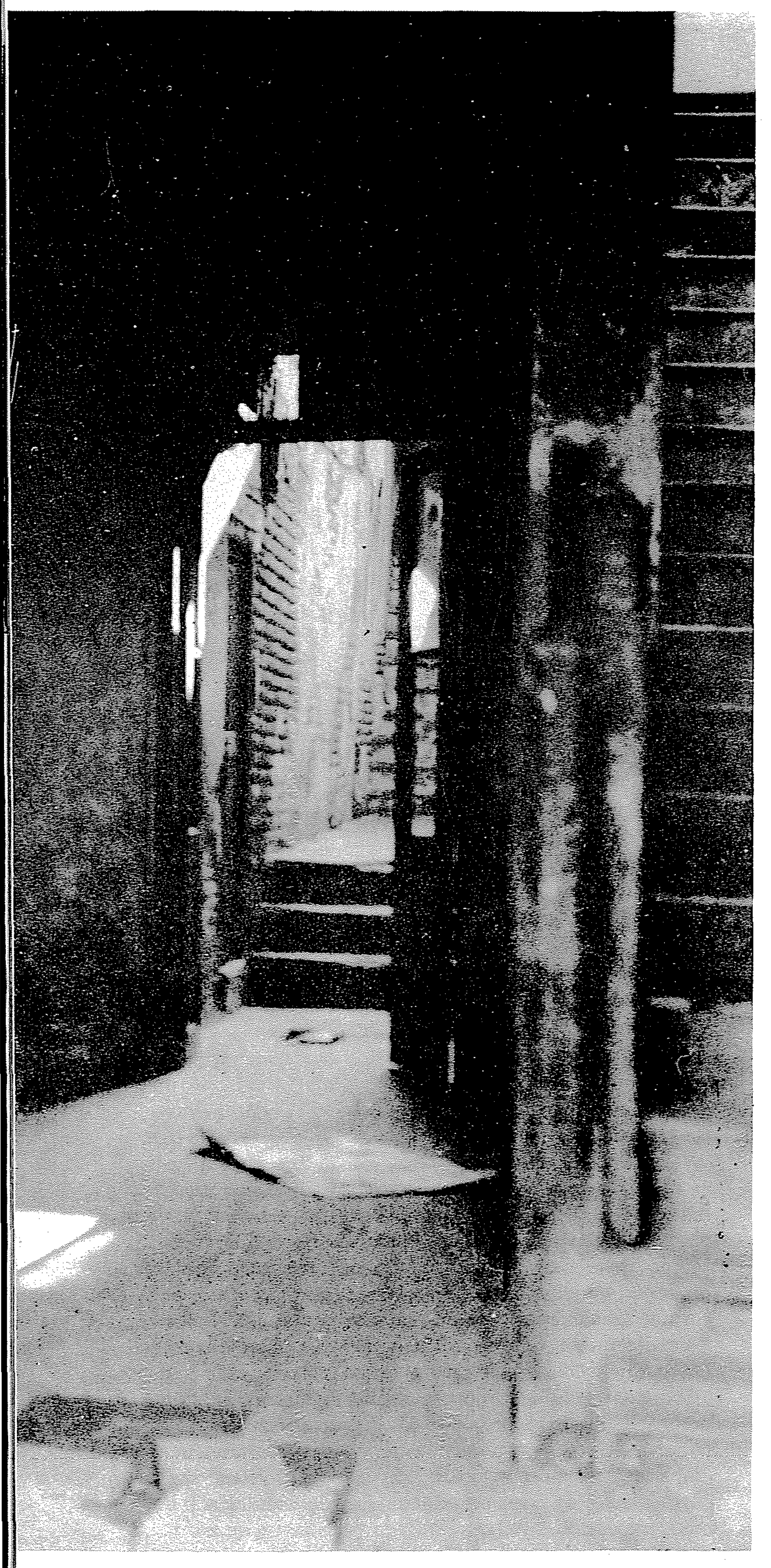
Todo lo expuesto lleva a la conclusión de que, en los próximos años, las interrelaciones entre las tres fuerzas serán sumamente intensas y gravitantes. La importancia que tendrán las soluciones de sus enfrentamientos sucesivos para el equilibrio continental y mundial será enorme; las consecuencias de las distintas soluciones, para los diversos países integrantes del continente, pueden imponer nuevas conductas y dependencias o posibilitar cambios democráticos que, a la vez que mejoren la situación de las masas, disminuyan o eliminen dependencias.

Ante esas posibilidades es necesario estar permanentemente atento. Debemos prepararnos para aprovechar cualquier resquicio, por pequeño que sea, para aumentar nuestra independencia.

Las enseñanzas de 95 años de industrialización

En conexión con lo anterior, el largo camino recorrido desde 1875, pleno de enseñanzas, permite seleccionar algunas muy importantes para el tema: nuestros dirigentes supieron aprovechar la circunstancia histórica para implantar un aparato industrial y ciertos servicios, privados y públicos; el crecimiento fue tal que la producción industrial (manufacturera y de la construcción) actualmente contribuye a la producción total en forma superior a la agraria (2 % contra 17 %); de esa forma lograron disminuir la desproporción existente entre los distintos sectores que contribuían al volumen total de actividad y generaron nuevos empleos y mayores ingresos para la población trabajadora, cuyos niveles de consumo, de sanidad, de educación y bienestar, mejoraron.

Pero, pese a todo lo realizado, nuestros dirigentes no pudieron, o no supieron, o no quisieron, disminuir la de-



Así vivimos, América.

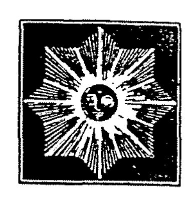
pendencia económica y financiera externa, agravada por la actuación de factores autóctonos: la dependencia impuesta por los grupos compradores de nuestras carnes y lanas, se intensificó porque ni aumentamos las producciones referidas (para suplir, por lo menos, la que se absorbía por el consumo interno), ni las diversificamos gestando otra distinta; la dependencia impuesta por los grupos vendedores de los bienes de producción y combustibles, tan necesarios para el mantenimiento de las actividades nacionales y de los servicios públicos imprescindibles, se agravó por el acelerado progreso científico y técnico que nos ata cada vez más a aquellos países, por el debilitamiento de nuestra intervención estatal, por el desmejoramiento de su eficiencia y por no querer utilizar las posibilidades que ofrece la centralización de nuestras importaciones públicas a efectos de obtener mejores condiciones de compra; la dependencia impuesta por los grupos financieros foráneos se agudizó, además, porque no quisimos organizar una banca verdaderamente nacional que promoviese el desarrollo.

Todo coadyuvó para que fuesen menores nuestras posibilidades de obtener más elevadas ganancias en el comercio internacional y también, para que disminuyesen las posibilidades de retención de los frutos logrados en nuestro propio mercado doméstico: hoy nos pagan precios relativamente menores por nuestras exportaciones, nos cobran precios relativamente mayores por nuestras compras en el extranjero, y nos exigen servicios financieros cada vez más amplios y onerosos en las circunstancias que soportamos. Las escasas ganancias del comercio internacional disminuyen, o desaparecen, y las internas se orientan, grandemente, al exterior para cubrir el costo de nuestras deudas, incrementadas por sucesivas refinanciaciones.

Las enseñanzas básicas de 95 años de sustitución de importaciones nos confirman hacia donde debemos orientar nuestros esfuerzos: debemos luchar por disminuir la dependencia. Sin perjuicio de actuar, en lo internacional, previniendo las consecuencias y aprovechando las posibilidades de los choques y fricciones que se producirán entre las fuerzas —población creciente, progreso científico y técnico y política exterior estadounidense—; sin perder de vista nunca la evolución del proceso social-político-económico argentino-brasileño, debemos actuar en consonancia dentro de nuestro país.

La disminución de la dependencia y la programación

Ello exige remover las trabas y obstáculos que se oponen, en lo nacional, a la disminución de aquella dependencia, (por ejemplo, estructuras agrarias económica y socialmente regresivas, organización bancaria y del comercio exterior promotoras del estancamiento, ineficacia de la administración pública, etc.); ello ayudará en la lucha por disminuir los factores de dependencia externa y, a la vez, fortalecerá la posición de regateo, de transacción, de reclamo o de exigencia internacional: la integración regional



será así, un gran medio para posibilitar la concreción de todas esas aspiraciones.

Parecería inteligente, por lo tanto, anticipar los acontecimientos y aprovechar la excepcional situación de nuestro país situado entre las dos zonas de desarrollo más importantes del Cono Sur. Ello obligará, reiteramos, a reaccionar respecto de la política seguida últimamente para posibilitar la recuperación y el posterior desarrollo nacional.

Desde luego que deberemos continuar por la ruta de la sustitución de importaciones pero, en el futuro, el predominio deberá ser otorgado a la ampliación máxima posible del mercado interno: la superación de los obstáculos nacionales y la integración regional se impondrán. Los factores del estancamiento nacional deberán removerse, a través de una conducta racional, coherente y continua, que evite los grandes defectos incurridos hasta el presente: erección de una producción manufacturera exclusivamente asentada en altos costos y precios, excesiva concentración geográfica, falta de integración nacional y regional, atrasada organización administrativa (privada y pública) y muy desequilibrados niveles de productividad en sus distintas ramas.

Concomitantemente deberán alcanzarse la recuperación, el crecimiento y el desarrollo de la industria de base agraria (carne, cuero, lácteos, calzado, textil, fertilizantes, azúcar, papel, madera, citrus, aceites), la implantación y crecimiento de la industria extractiva (pesca, mineral de hierro) y la expansión de otras actividades tales como cemento, vidrio, productos químicos, productos farmacéuticos, válvulas de radio, artículos eléctricos, tubos de imagen, etc.

Recuperación, crecimiento, expansión y desarrollo, y sus sucesivas exportaciones, realizados en determinadas circunstancias, disminuirán la dependencia externa. Deberán perseguirse en forma sostenida, ininterrumpida y definida.

Al igual que en los diversos países latinoamericanos, en Uruguay chocarán las variables sociales nacionales (definidoras de las organizaciones y estructuras políticas, económicas, financieras, jurídicas, administrativas, culturales, etc.) con las variables referidas a lo largo de este trabajo (ciencia-técnica, población, política de seguridad de Estados Unidos de Norte América). Sus mutuas influencias, repercusiones, relaciones y fricciones irán determinando las características de la sociedad uruguaya de las próximas décadas. En un mundo cada vez menos espontáneo, en el que será progresivamente creciente la orientación dirigida de la ciencia, de la técnica y de la política exterior, debemos preocuparnos por estudiar y definir el tipo de sociedad a que aspiramos y que podremos desarrollar en lo que resta del siglo, y aplicarnos a generar los medios y procedimientos necesarios para que aquella sociedad se alcance.

Por lo tanto, debemos programar cuáles serán los cambios sociales e instituciones que deberemos cumplir para que progresivamente se alcance la sociedad definida como objetivo. Si no se desea que esa sociedad sea modelada desde afuera, por quien orienta las grandes variables referidas, deberemos actuar nosotros mismos. Para hacerlo deberemos proponernos nuestros propios objetivos y sus sucesivas metas hasta alcanzarlos: deberemos programar, programar nuestra acción interna (en lo agrario, en lo industrial, en lo comercial, en lo administrativo, en lo bancario, en lo educacional, en lo sanitario, etc.) y, coordinadamente, programar nuestra acción en lo externo (coordinación con Argentina, coordinación con Brasil, integración en la Cuenca del Plata, integración latinoamericana, etc.). Todo ello impondrá una actuación racional y coherente y, ello, llevará a la programación pues será necesario decidir cuáles serán los cambios, cuándo se iniciarán, con qué intensidad se harán y quiénes los promoverán. La única forma de lograr los mejores resultados dentro de un régimen democrático es programando: programación significa reunión de todos los sectores o grupos interesados alrededor de la mesa de programación y participación en los frutos del esfuerzo de cada sector o grupo, y acuerdo mayoritario sobre las vías y conductas elegidas.

La programación de nuestra conducta en los próximos años —ante las exigencias del orden internacional, del orden regional y propias de nuestro país— deberá guiarse definidamente por objetivos de recuperación, crecimiento, desarrollo e independencia; la programación democrática constituye el único mecanismo para lograr, por la vía pacífica y racional, los cambios que nuestro país reclama desde hace varias décadas. Constituye, también, la única forma lógica de proporcionar a nuestra juventud posibilidades efectivas para que participe plenamente de nuestra recuperación, crecimiento y desarrollo.

"... La política de desarrollo limitada a los instrumentos y técnicas empleados hasta el presente sólo pueden fomentar cierto tipo de crecimiento económico que inherentemente se limita a sí mismo, que es injusto y que contribuye a la marginalización de vastos estratos de la población. El desarrollo «auténtico» debe ser —entre otras cosas— un proceso de cambio social con modificaciones trascendentales en las funciones y relaciones de los diferentes grupos de la sociedad".

Además, es necesario... "que ese desarrollo auténtico busque la participación activa y organizada de todos los sectores, a fin de contrarrestar la marginalización y cambiar el contenido y distribución de la acción pública social. hasta ahora debilitado y deformado por la falta de objetivos claros y el carácter de las presiones que han determinado sus direcciones de crecimiento".[3]

NOTAS

1 CIDE. Estudio económico del Uruguay, evolución y perspectivas, Tomo I, Mayo 1963.

2 "La Mañana", 5 de agosto de 1969, pág. 10.

3 CEPAL, Documento titulado "Tendencias Sociales y Política de Desarrollo Social en América Latina" preparado para la Reunión Especial de UNICEF en Santiago, habida en mayo de 1969, reseñado en "Notas sobre la Economía y el Desarrollo de América Latina", Nº 19, junio 1º, 1969, pág. 2.